

# SUMARIO



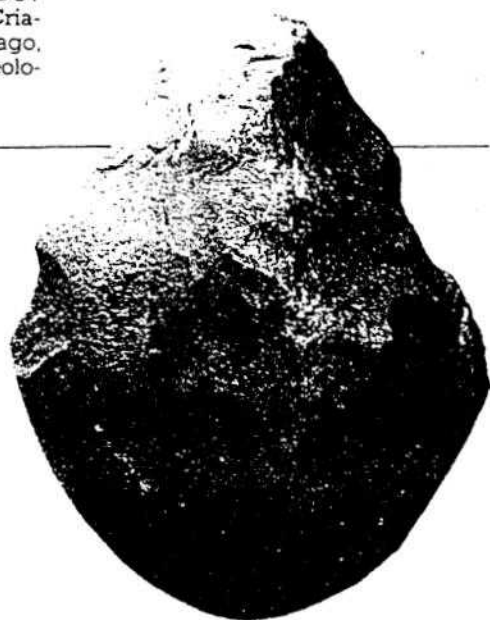
PORTADA: Guerrero Huli de las Tierras Altas de Papúa-Nueva Guinea. (Foto: P. A. Saura.)

**5** TRIBUNA: ¿QUE ES UN ARQUEOLOGO? ¿QUE ES LA ARQUEOLOGIA? Felipe Criado Boado, de la Universidad de Santiago, reflexiona sobre algunos aspectos de la arqueología como ciencia y como profesión.

**8** SECUENCIA PALEOLITICA DEL BAJO GUADALQUIVIR, por E. Vallespi, F. Díaz del Olmo, G. Alvarez y E. Vallespi García, de la Universidad de Sevilla. Ensayo de un ordenamiento metodológico y estratigráfico de las terrazas con útiles paleolíticos en el Bajo Guadalquivir.



**18** VAREA. UNA CIUDAD ROMANA EN LA RIOJA, por Ana B. Bastida y César M. Heras. Las sucesivas campañas de excavación que se vienen realizando en las cercanías de la actual Logroño están poniendo al descubierto los restos de una antigua ciudad ya citada por las Fuentes Clásicas.



**34** REPOBLACION MEDIEVAL EN EL PUERTO DE SANTA MARIA, por Juan José López Amador, Enrique Pérez Fernández y José Antonio Ruiz Gil. A partir de la descripción que de la repoblación hace un Libro de Repartimiento conservado en el archivo municipal, los autores reconstruyen por medio de prospecciones arqueológicas antiguos lugares del hábitat en el término municipal de El Puerto de Santa María.



CONTRAPORTADA: Terracota púnica. (Foto: Ministerio de Cultura.)



**44** MELANESIA, PREHISTORIA VIVA, por Ignacio Montero Ruiz. En pocos lugares del mundo pueden encontrarse sistemas de vida tan anclados en el pasado como los que aún es posible estudiar en esta parte de Oceanía.

**58** INFORMACION NACIONAL

**66** CRITICA DE LIBROS

## ¿QUE ES UN ARQUEOLOGO? ¿QUE ES LA ARQUEOLOGIA?

Felipe Criado Boado

Un arqueólogo es una especie de técnico de alto nivel y titulación superior que investiga, conserva y difunde el Patrimonio Arqueológico. Al menos es lo que parece si nos atenemos a los Estatutos de las nacientes Asociaciones Profesionales de Arqueología (parto de los casos que conozco: la Española y la Gallega), o al borrador del Real Decreto que regulará el ejercicio de la actividad arqueológica (tal y como se ha dado a conocer en los dos últimos meses).

Sin embargo, es pretensión de este comentario proponer que esa definición de arqueólogo adolece de tres problemas tan graves que tal vez fuera mejor abandonarla. En primer lugar plantearemos que es una definición estrecha y limitativa. En segundo lugar, que caracteriza exclusivamente a un campo muy particular de la arqueología, y que desde esta esfera se ha extendido hasta comprender el conjunto de la disciplina. Y por último, que su propia estrechez y procedencia son consecuencia, a su vez, de una determinada "ideología", que caracteriza a las sociedades occidentales actuales.

Pero antes de pasar a ilustrar estos puntos, procede realizar un par de advertencias sobre este mismo comentario.

En primer lugar diremos ahora para en lo sucesivo ahorramos espacio, que a todas las consideraciones que siguen sería necesario colgarles la muletilla "desde el punto de vista del que escribe". Nuestra actitud no es negar que algunas de estas opiniones son discutibles, sino proponer que debemos empezar a discutir las. Por esta razón, muchas afirmaciones posteriores podrán parecer

rotundas, pero entiéndase que ello es debido a dos razones: por un lado, a la falta de espacio para profundizar en una serie de temas cuyo análisis requeriría dedicar al menos un trabajo monográfico a cada uno de ellos, y, por otro, al deseo explícito, forzoso es reconocerlo, de ser polémico.

En segundo lugar aclaremos que no planteamos una polémica únicamente porque nos guste polemizar o porque pretendamos estar en lo cierto. Tan sólo intentamos contribuir a un debate que debería acompañar a la actual discusión sobre la profesionalización del arqueólogo, sobre la reforma de los Planes de Estudios universitarios, y al mismo crecimiento de la arqueología española. Si en este momento algunos hablan, y otros hablarán cada día más, de la arqueología como disciplina imprescindible para el conocimiento del hombre, la apellidan científica y anuncian que finalmente ha alcanzado su mayoría de edad, suponemos que es conveniente observar con cierta perspectiva crítica y sana ironía estas proposiciones, relativizarlas un poco, y reflexionar sobre ellas y la base de la que parten. Este proyecto supone, entre otras cosas que sobran el presente comentario, reexaminar la definición de arqueólogo y/o arqueología por cuanto estas categorizaciones constituyen la infraestructura de nuestra discusión.

Realizadas estas primeras advertencias, podemos considerar los tres temas anunciados más arriba.

**La definición de lo que es un arqueólogo es muy limitada**

Lo es porque excluye totalmente de su campo de activi-

dad una línea de trabajo que, para entendernos, se podría denominar crítica, y que comprendería el ejercicio de una reflexión profunda y desmitificadora sobre la arqueología. Sería profunda porque, lejos de ceñirse a las apariencias superficiales, intentaría describir y entender la lógica de las bases (teórico y prácticas) en las que se asienta nuestra disciplina, la validez de sus resultados y la función social que desempeña.

Se trataría de no aceptar como "natural" nada que se encuentre en la órbita de la arqueología, ya que nada es "natural" dentro de una cultura. Adjetivar ciertas propuestas de este modo, es un recurso para "colar" bagatelas y mercancía defectuosa, ya que las cosas que se hacen pasar por "naturales" no se discuten ni se ponen en duda; pertenecen simplemente al acervo "mítico" de un grupo (social) o de una disciplina (de investigación), creado por nuestros precursores, legado por la tradición y establecido más allá incluso del dogma. Contra el dogma se puede ser antidogmático; pero contra las cosas "normales" sólo cabe ser un loco. Así, en la medida en que esa labor crítica sería "loca", en la medida en que no aceptaría dentro de la arqueología nada "natural", en la medida en que lo discutiría todo para descubrir las razones ocultas a las que obedecen esas "normalizaciones" sería desmitificadora.

Algunos pueden creer que la arqueología no necesita desarrollar esta dimensión de su actividad. Esto nos parece una actitud suicida que prolonga ese "naturalismo mitificador" del que hablamos. Al igual que toda construcción humana, al igual

Si en este momento algunos hablan, y otros hablarán cada día más, de la arqueología como disciplina imprescindible para el conocimiento del hombre, la apellidan científica y anuncian que finalmente ha alcanzado su mayoría de edad, suponemos que es conveniente observar con cierta perspectiva crítica y sana ironía estas proposiciones, relativizarlas un poco, y reflexionar sobre ellas y la base de la que parten.

que todas las disciplinas humanísticas, la arqueología está cruzada por un contexto y por un juego de intereses que son previos a ella; qué la poseen. Esto es particularmente cierto en el caso de una disciplina cuyo objetivo es nada menos que "domesticar" la relación entre el presente y el pasado, o reconstruir (que en este caso tiene el mismo significado etimológico que "inventar") el pasado para que cumpla la función dentro del presente. Propensa de este modo a manipulaciones políticas, burdas o sutiles, a contaminaciones ideológicas, conscientes o impensadas, la arqueología debería intentar, desde dentro de sí misma, descubrir las influencias que la cruzan y los efectos que condicionan.

Así pues, esta *labor crítica* no tiene nada que ver con las típicas "historias de la investigación" o "estados de la cuestión" con los que a menudo comienzan nuestros trabajos.

Bueno, ¿y por qué es tan malo que esta dimensión crítica no esté recogida dentro de la definición de arqueólogo? Particularmente a mí no me importa demasiado que esté o no esté. Pero creo que su ausencia es muy peligrosa porque ofrece la disculpa o mecanismo para que en el futuro puedan ser excluidos de la arqueología aquellos heterodoxos que se dediquen a esa labor. Podría traer consigo marginación académica, aislamiento profesional, negación de subvenciones, dificultades para publicar... O, para poner un ejemplo, según las definiciones ya vigentes este comentario no es arqueología.

Al final resulta que el actual movimiento para profesionalizar la arqueología no es sólo una lucha contra el intrusismo desde otras profesiones y una defensa de nuestra disciplina. Es también el medio de trazar exclusiones dentro de nosotros mismos. Que le pregunten, por ejem-

plo, a todos aquellos que identifican "arqueólogo" tan sólo con paleolitista.

## Un área concreta de la arqueología define toda su dimensión

Esta está polarizada en la actualidad hacia uno sólo de los tres campos que (convencionalmente) definen la arqueología. *Grosso modo* se reconoce que la actividad del arqueólogo se desenvuelve en la *investigación*, en la *docencia-difusión*, y en trabajos de *conservación*, esfera específica a la que se denomina arqueología de gestión. Por diferentes razones que analizaremos brevemente más adelante, esta última esfera ha sido la que

---

Conviene resaltar que bajo la *arqueología de rescate* o la *arqueología de gestión* se encuentra una actitud utilitarista muy explícita, una voluntad por demostrar que la actividad arqueológica no es mero pasatiempo o vana dilapidación de recursos.

---

más se ha desarrollado en los últimos años, hasta llegar al extremo no sólo de excluir otras labores posibles (como la *crítica* de la que hablábamos arriba) que no son necesarias para la mera *gestión*, sino también de imponer el ritmo de crecimiento y actividad de las otras dos dimensiones; *difundir la arqueología* quiere mayormente decir "concienciar a la gente para que se respeten los restos arqueológicos", *investigar* se reduce muchas veces a "catalogar" o a "investigar por" y para las necesidades patrimoniales; algunas Comunidades Autónomas empiezan a decir que sus fondos para arqueología deberían ser destinados a actuaciones patrimoniales. La *investigación* va detrás de la *gestión*.

Sin duda hay innumera-

bles elementos que generan esta situación. Pero una de sus causas procedería de la individualización de un terreno exclusivo para el ejercicio de la arqueología, al que se denomina Patrimonio Arqueológico, así como de las características que lo definen. No caeremos en la tentación simplista de decir que, dado que la lógica principal de la instauración de ese Patrimonio es *conservarlo*, los técnicos encargados de su tutela serán *conservadores* en algo más que el nombre.

Sin embargo está claro, al menos en la epistemología de las ciencias, que las características del objeto de estudio condicionan en buena medida la configuración de la disciplina. Veáanse algunos casos: en dos años de

emisión de la serie *Hill Street Blues*, no se munió ninguno de los policías principales, a pesar de la retahíla de muertos que caen en toda serie policiaca; pero la coherencia del argumento nunca se puede llevar hasta ese extremo, pues hacerlo significaría dejar en el paro a unos cuantos actores. Cojamos un ejemplo más cercano: hacen falta archivos para que haya archiveros e historiadores, y como es bien sabido la propia configuración del "archivo" ha llegado a imponer el método y la teoría dominantes en la Historia (el positivismo) (1).

De la misma forma ocurre entre la arqueología y el Patrimonio Arqueológico. Este posee características y necesidades específicas. La resolución de los problemas que lo atenazan, relaciona-

dos fundamentalmente con su conservación, es una línea de acción urgente. No es entonces extraño que ese contexto, de hecho tan particular, "unidimensionalice" toda la actividad arqueológica y se extienda hasta constituir la esencia de la arqueología.

Sin duda existen en todo esto elementos positivos que no pueden ser rechazados sin más. Así surge un mercado de trabajo nada despreciable y se demandan unos arqueólogos que posean la preparación necesaria para satisfacer esas necesidades. Esto conlleva otro tema que también es imprescindible plantear, criticar y decidir: ¿los planes de estudios universitarios vigentes ofrecen la formación necesaria para responder a esa demanda? Evidentemente no. ¿Prevé esta dimensión de la arqueología la reforma en marcha de los mismos? Indudablemente habría que resolver esta cuestión para no perpetuar un secular divorcio entre universidad y realidad en el cual ya es tópico insistir, pero que encuentra aquí un perfecto ejemplo. Sin embargo, y en función precisamente de nuestra crítica, sería lamentable que toda la formación arqueológica se orientase en función de esta demanda actual.

Se equivocaría quien pretendiera que éste es un fenómeno exclusivo de nuestro país. Antes bien, si queremos descubrir su lógica para valorar convenientemente sus efectos, debemos remontarnos al contexto más amplio en el cual se inscribe.

En un manual yanqui de reciente aparición, se hace una historia de la arqueología en este país, que, en cierta medida, puede ser extensiva al resto del mundo. En ella se indica que la última fase en el desarrollo de la arqueología, la que sigue a la fase caracterizada por la Ecología Cultural y la Nueva Arqueología que se extiende entre 1957 y 1974, se denomina fase de

gestión del patrimonio cultural. Lo que define esta etapa ya no son determinadas orientaciones de análisis o estrategias de búsqueda, sino el énfasis (y cito textualmente) en el trabajo práctico, en la investigación orientada a la resolución de problemas concretos y en la *arqueología de rescate* (2).

Por doquier se observa la misma configuración presente de la arqueología: Inglaterra, países escandinavos, Alemania, Japón. Como no hace al caso en un comentario de este estilo, no citaré bibliografía. Pero sí indicaré que, diez años después del lanzamiento de esta orientación, en la mayor parte de esos países los balances que se efectúan son muy pesimistas: se descubre hasta qué punto esa línea de trabajo ha distorsionado y coartado los estudios arqueológicos, y se clama por una reorientación de la arqueología hacia la investigación (3), hacia enfoques tal vez un poco menos prácticos.

Se equivocaría, también, quien pretendiera que este fenómeno está relacionado únicamente con el desarrollo de las administraciones autónomas en nuestro país, o, más en general, con una mayor concienciación social por los restos arqueológicos. Esta es una de esas visiones que pretenden hacer pasar algo por "natural" cuando en realidad de natural no tiene nada. Pero para observar esto podemos pasar al último punto.

#### La aparición de una "ideología" tecnicista en arqueología

Está claro que existe en la actualidad una *voluntad de saber* tecnicista y científicista, que se traduce en una hipervaloración de las ciencias técnicas y aplicadas que los de letras conocemos muy bien, porque no en vano lleva aparejada una canalización

de presupuestos hacia la investigación científica.

Sin embargo, esta "ideología" tecnocrática no sólo está relacionada con la crisis económica y con la pretensión de buscar nuevas alternativas a la misma a través de la Ciencia. Tampoco es una actitud que aparezca única o principalmente en las ciencias "científicas" o entre sus acólitos. En realidad representa la instauración de una *voluntad de creer*, propia de nuestra sociedad, que la Ciencia es una realidad objetiva y positiva. Esa voluntad no aparece sólo entre los "científicos", sino que cruza todas las esferas de la sociedad.

Desde nuestro punto de vista, el predominio de una arqueología entendida como

lógico que tanto nos ensalza (6), para hacer presente el pasado...

Evidentemente no diremos que la arqueología no sirva para todo ello. Sólo plantearemos que hacer depender una disciplina de una *utilidad* práctica inmediata es abrir el camino a la penetración de objetivos y orientaciones unidimensionalmente funcionalistas dentro de esa disciplina, y, por lo tanto, a su empobrecimiento: sólo se investiga aquello que sirve para algo, y, a su vez, la línea de investigación tenderá a buscar exclusivamente para qué sirvió lo que se investiga. Vistas estas circunstancias, el arqueólogo debería reconocer que su disciplina no es independiente del Discurso Histórico, ni sus problemas

---

Una de las actitudes que cabe tomar hacia la arqueología es *esperar simplemente a que desaparezca* como disciplina, y esperar que, del mismo modo que nació, muera esa voluntad de saber que existe en nuestra cultura por justificar en el pasado toda existencia presente.

---

*gestión del Patrimonio* es una faceta más de ese mismo fenómeno. Sería necesario extenderse en este punto comentando todas las connotaciones de esta afirmación. Dado que no hay espacio para ello, conviene resaltar al menos que bajo la *arqueología de rescate* o la *arqueología de gestión* se encuentra una actitud utilitarista muy explícita, una voluntad por demostrar que la actividad arqueológica no es mero pasatiempo o vana dilapidación de recursos. Se pretende convencer a la gente de que sirve para algo más (que otras disciplinas históricas o humanistas): para formar su percepción estética (4), para facilitar la transmisión de valores intelectuales (5), para preservar ese Patrimonio Histórico-Arqueo-

diferentes (7), y que en un momento en el que éste ha entrado en crisis, la arqueología desempeña el papel de presentar como objetos icónicos y *bienes de consumo* los documentos (pre-) históricos.

Por nuestra parte proponemos que cabe tomar dos actitudes hacia la arqueología. En primer lugar *esperar simplemente a que desaparezca* como disciplina; esperar que, del mismo modo que nació, muera esa voluntad de saber que existe en nuestra cultura por justificar en el pasado toda existencia presente.

En segundo lugar se podría *proceder a una redefinición completa de la arqueología*. Esta sería una especie de teoría general para el estudio de la forma y sentido de

la cultura material en cualquier espacio cronológico o geográfico. Si se desarrollase esta definición tendríamos que concebir una reformulación del Patrimonio Arqueológico que, para empezar, englobaría desde los Megalitos hasta los diseños de camisetas de esta temporada, y, para continuar, terminaría considerando también *patrimonio* a los propios actos de destrucción del Patrimonio Arqueológico, pues a menudo nos dan más información sobre la sociedad que destruye (la nuestra, por ejemplo) de la que se podría obtener estudiando lo destruido sobre la cultura que lo hizo.

Y ahora que no vengan los críticos a decir que esta propuesta es el reflejo de una sociedad postindustrial que legítima de esa forma la agresión sobre el Patrimonio del Pasado para proseguir con su imparable crecimiento. A fin de cuentas esto ya lo decimos nosotros.

#### NOTAS

(1) J. C. Bernejo Barrera, *O final de historia: ensaio de historia teórica*, Vigo: Edicións Xerais (1986), 173 pp.

(2) W. D. Lipe, "The Southwest", en J. D. Jennings, ed., *Ancient North Americans*, San Francisco: W. H. FREEMAN (1983), pp. 421-93.

(3) P. C. Woodman, "Prehistoric settlement and environment", en K. J. Edwards y W. P. Warren, eds., *The Quaternary History of Ireland*, London: Academic Press (1985), pp. 251-78.

(4) Cito textualmente un impreso de convocatoria para la celebración de un Symposium sobre "La función del monumento arqueológico en la educación social" que tuvo lugar el pasado mes de septiembre en la Universidad polaca de Lódz.

(5) Idem.

(6) Véase el Preámbulo de la Ley 16/1985 del Patrimonio Arqueológico Español.

(7) Véanse sobre ambos temas el libro citado en la nota (1).

